

Cuentos de los hombres del monte.

Julio Loras

2. Expropiación en Villafranca

Este cuento es eso, un cuento. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. O así debería ser.

Inesica la Pinturera era una pizpireta modista de Teruel, pero no una modista cualquiera: vestía a todas las señoras de postín de la ciudad, incluida la mujer del gobernador, el general Pizarro, teniendo entrada libre en el Gobierno Civil. Era rubia y de ojos verdes, exotismo que, unido a sus bonitas facciones, a su graciosa manera de andar y a su carácter jovial y dicharachero, hacía que muchos jóvenes y no tan jóvenes turolenses bebieran los vientos por ella, que, sin ceder a sus requiebros, tampoco los desengañaba.

La Pinturera tenía unas manitas de plata para la aguja y las tijeras y era muy trabajadora. Tanto, que el mes de enero de 1948 se pasó casi todas las noches, después de jornadas agotadoras, patroneando, cortando y cosiendo unos trajes de tela verde. Su madre se preocupaba mucho y le decía que, si seguía así, perdería la vista y la salud, que ya tenía bastante para ganarse bien la vida con sus trabajos en la jornada ordinaria. *Inesica* le contestaba que era un encargo del que dependía ganarse nueva clientela, lo que ahora llaman un nuevo *nicho de mercado*, a lo que su madre, cada vez más preocupada, respondía que para qué quería tanta clientela si se jugaba la salud. Por fin, el día 29 o el 30 del mes, la Pinturera acabó el encargo y lo embolsó meticulosamente, para alivio de su madre.

Al día siguiente, *Inesica*, con el paquete encima de la cabeza, fue a la parada del correo de Villafranca y lo facturó. Curiosamente, el cobrador no le cobró nada. Manuel, que así se llamaba el cobrador, subió el paquete a la baca y después se puso a cobrar los billetes a los diez o quince viajeros que habían ido llegando. Esperó diez minutos más y le dijo al chófer:

-Ya es la hora, Servando. Arranca.

Y el coche correo emprendió el viaje, un viaje que hoy en día nos parecería corto y cómodo, pero que, con la carretera sin asfaltar, estrecha y llena de curvas, además de algo de nieve, con un vehículo viejo y asmático y con un olor a petróleo que provocaba mareos al más pintado, era entonces toda una aventura. En cada pueblo subía y bajaba gente y Manuel les cobraba los billetes, al tiempo que, con su carácter afable y hablador y con la confianza que tenía a todo el mundo por los años que hacía que realizaba ese trayecto, les daba conversación y hacía comentarios jocosos.

Horas más tarde, cuando llegaban a la altura de la Pobleta, Manuel hizo que Servando parase. No era una parada habitual, pero en aquella época las cosas no estaban tan tasadas como en nuestros tiempos.

El correo se detuvo y Manuel se subió a la baca, bajó el paquete de *Inesica* y se lo dio a un hombre de mediana edad con boina y abarcas que llevaba un macho del ramal. El hombre, un masovero de Mosqueruela, cargó el paquete en el *serón* y se fue hacia la masada.

Ese mismo mes de enero y lejos de allí, en la Vall d'Uixó, concretamente en la fábrica Segarra, un encargado fue sustrayendo subrepticamente varios pares de botas y polainas. Hecho esto, los llevó en su bicicleta un domingo a un domicilio de un barrio popular de Castellón.

Prácticamente al mismo tiempo, en Cuenca, un sombrerero acababa ocho tricornios y los llevaba bien empaquetados en una voluminosa caja a un recadero.

* * * * *

Un día del mes de abril, hacia mediodía, frente a una cueva escondida en el monte, a un observador le hubiesen llamado la atención una docena de hombres envueltos en mantas que, sentados en círculo alrededor de una pequeña hoguera donde hervían unos pocos pucheros, escuchaban a uno que hablaba de pie. Su atuendo, exactamente igual que el de los campesinos, no hubiera sido precisamente lo que le llamara la atención, pero sí el que fuesen tantos y, fijándose más, el ver que algunos llevaban fusiles o *naranjeros* y, además, que había otros dos, uno subido a la peña que había encima de la cueva y otro a un pino muy alto, los dos con sus respectivos fusiles. Eran la partida de maquis que actuaba en la zona de Mosqueruela y Villafranca.

Acercándose más hasta poder distinguir las facciones de cada uno de esos hombres, el observador hubiese visto que el que estaba de pie era miope y llevaba unas gafas redondas de pasta. Por eso le llamaban Gafas. Era el jefe de la partida, un maestro anarquista de un pueblo de Cuenca que había estado en varios campos de concentración en Francia y había combatido en la Resistencia contra los nazis. En 1944 había vuelto a España con las desastrosas *invasiones* guerrilleras por el Valle de Arán, desde donde él y su grupo, a trancas y barrancas, como otros grupos, habían llegado al sur de Teruel. Como maestro que era, además de mandar la partida, se encargaba, como decía él, de *desasnar* a sus hombres en los períodos de poca actividad, que eran frecuentes.

Tras él, con la boca abierta y muy atento, estaba el *Guaje*, un chico casi imberbe que aún no tendría ni dieciocho años. Su historia era terrible. Era hijo de un matrimonio masovero a cuya masada iban mucho los maquis, que eran bien recibidos y que habían cenado, bailado y pernoctado muchas veces allí. El año anterior, el fatídico 1947, la Guardia Civil se había enterado y se presentó en la masada, llevándose una parte de los guardias al padre, al cual dieron en el cuartel varias somantas brutales, sin conseguir que *cantase*. Otro grupo de guardias se quedó en la masada con la madre, marchándose al atardecer. El *Guaje*, que había estado guardando el hatajo toda la jornada y que había visto de lejos llegar a los guardias a la masada, al volver por la noche se encontró con que su padre no estaba y halló a su madre ahorcada. Muchos dijeron en el pueblo que la mujer se había ahorcado de desesperación, pero algunos malpensados creían que a los guardias se les había ido la mano en el *hábil interrogatorio* a que la habían sometido. Fuera como fuese, el chico se fue al monte en busca de los maquis, a los que se unió esa misma noche. El Asturiano, que le había cogido cariño porque le recordaba a un hijo suyo, era el responsable del nombre que le daba la partida.

Este Asturiano era un minero que al principio de la guerra se había echado al monte, uniéndose a una partida que, más que guerrilleros, eran huidos. Como y cuando pudo, pasó a Francia, donde en 1940 se unió a la Resistencia, fogueándose como verdadero guerrillero. Era un hombre con un fuerte vozarrón y sin pelos en la lengua, lo que, al pasar los años, le costó tener que huir de sus compañeros del Partido Comunista, que se la juraron por sus críticas.

Estos dos estaban a la derecha de Gafas. A su izquierda había un hombre de poco bulto y muy chato, el Chato el Cristo. No habían sido sus compañeros los que lo habían bautizado así, sino los chicos de Lécera, donde se había criado, de ahí su llamativo acento baturro, hasta que a los doce o trece años había entrado a trabajar en Tortosa, en una empresa de transportes, donde aprendió el oficio de carretero y se afilió a la CNT. A pesar de su apariencia frágil, tenía una fuerza hercúlea. Estando de carretero, un día de fiestas en Tortosa, con las aceras de la calle principal llenas de gente endomingada, pasaba él con el carro cargado con una veintena de sacos de patatas. Se cayeron dos sacos del carro y la gente se burlaba. Picado, el Chato, sin parar el carro, tiró a la calzada los otros dieciocho y, también sin pararlo, los volvió a cargar uno por uno, dejando a la gente con un palmo de narices. Este hombre era muy noble y muy

leal, además de muy comunicativo, siempre estaba intentando pegar la hebra con cualquiera. Por su extraordinaria fuerza era muy útil a la partida cuando había que llevar alguna carga. Al acabar la batalla del Ebro, este hombre había pasado a Francia, estado en campos de concentración y combatido en las filas de la Resistencia, ganándose una condecoración por su valor.

Fermín Fontoba estaba a su lado. Era de Alcañiz, había sido estudiante de medicina y sus conocimientos habían sacado de más de un apuro a compañeros de su partida y de otras, especialmente teniendo en cuenta que era difícil encontrar médicos que se atreviesen a colaborar, aunque alguno había, incluso alguna clínica. Este hombre tenía, además de para la medicina, ojo clínico para la táctica militar y sólidos conocimientos políticos, lo que hacía que, en los períodos de descanso, impartiese formación política y militar a sus compañeros y a los de otras partidas. Era el segundo de Gafas.

Enfrente de Gafas había ocho hombres: Iñaki de Mondragón, *Grandaz*, Juan Martín, el *Charnego*, Alfonso Gargallo y otros tres cuyos nombres no me aprendí, porque no intervinieron en lo que quiero contar. Iñaki de Mondragón trabajaba en los años 30 en una fábrica de armas de Éibar como mecánico, oficio en que era todo un experto, por lo que era el armero de la partida, encargándose de reparar las pistolas, los fusiles y, sobre todo, los *naranjeros* las muchas veces que se estropeaban. Había sido *gudari* y, como la mayoría de sus compañeros, había estado en la Resistencia. Era el típico vasco fanfarrón y exagerado de los chistes de vascos. Por cierto, que tenía un repertorio de ellos con el que muchas veces mejoraba el humor de la partida. Tenía muy poca visión política, haciendo esforzarse mucho a Fontoba en las *teóricas*, pero era valiente y siempre se podía contar con él, habiendo sacado más de una vez de apuros a sus compañeros.

Junto a Iñaki estaba el que llamaban *Grandaz*, apodo con que lo había bautizado el *Guaje*. Era un gigantón para la época, ya que medía unos dos metros y tenía unas espaldas exageradamente anchas, teniendo aún más fuerza que el Chato el Cristo. Era *pelador* y no entendía nada de política, ni de muchas otras cosas. Se había echado al monte hacía dos años para vengar a su padre, al que habían matado a palos al acabar la guerra. Lo habían convencido los maquis, que muchos días le salían al encuentro en el monte, ofreciéndole la venganza. En las clases de alfabetización de Gafas y en las de política de Fontoba se dormía, pero se mantenía muy atento en las que el de Mondragón les daba de armamento y en las de táctica militar, aunque no las entendía del todo, pese a hacer grandes esfuerzos para asimilarlas.

El hombre que había detrás de *Grandaz* era Alfonso Gargallo. Había sido un elemento muy destacado de la colectividad de su pueblo, para mal del pueblo y de la colectividad, pues era de la piel de Barrabás. En el tiempo de la colectividad no había llegado a matar a nadie, pero había vejado, humillado sin necesidad y dado más de una paliza a gentes que no eran afectas a la misma. Esto le ganó el odio de la mayoría del pueblo, que, azuzada por los falangistas, mató a golpes a su mujer mientras él estaba en la cárcel, donde seguramente hubiese sido elegido en alguna saca de las que se hacían cada día. Era extraordinariamente valiente y, un día que los guardias estaban distraídos, junto con otro preso desarmó a la pareja que vigilaba su sección, iniciando una fuga masiva en la que se escapó todo el que quiso, después de la cual se fugaron ellos dos. A los dos días, todos estaban otra vez presos, menos Alfonso, que, andando de noche y descansando de día, contactó con los maquis y se unió a ellos. Al poco tiempo, Gafas, que era muy recto moralmente y que procuraba conocer a sus hombres, lo consideraba un puntal de la partida en lo militar y, pese a tenerlo por un indeseable, le permitió seguir en ella.

Alfonso fue el protagonista de un sangriento hecho que horrorizó a toda la comarca. Un domingo por la noche se presentó con cuatro maquis más en el café de su pueblo con la intención de vengarse de la muerte de su mujer. Allí estaban el alcalde, el jefe local de la Falange y todo el *gordillo* masculino local jugándose muchas *perras* al monte y al siete y medio, cosa que estaba prohibida. Empezando Alfonso, los cinco maquis, que llevaban metrallas,

acribillaron a la gente disparando a ráfagas y en pocos segundos mataron a diez personas e hirieron a bastantes más, dejando el suelo del café hecho un charco de sangre. Hecho esto en un abrir y cerrar de ojos, se fueron tan rápida y furtivamente como habían llegado. Cuando Gafas le pidió cuentas de esa acción y le preguntó qué habían conseguido, Alfonso le dijo que habían disparado porque aquellos hombres, tal vez creyendo que eran guardias y los podían *empurar*, se habrían agachado para esconder el dinero, pero que ellos habían creído que era para tomar las armas y no habían tenido más remedio que acribillarlos en defensa propia. En cuanto al dinero, dijo que a uno de la partida le había parecido que venían los guardias y habían tenido que retirarse sin cogerlo. Gafas no se lo creyó y estuvo seguro de que se había tratado de su venganza, pero no dijo nada porque le parecía que, a pesar de todo, ese hombre era muy útil a la partida. Pero decidió atarle corto en adelante.

El *Charnego* era un murciano que había ido de muy jovencito a Barcelona para trabajar en las obras de la Exposición Internacional, afiliándose entonces a la CNT. Había sido miliciano de la mítica Columna Durruti. Como casi todos los maquis de Aragón, había vuelto de Francia a España con las *invasiones* del Valle de Arán. Era autodidacta y parecía una enciclopedia. Siempre que podía, leía algún libro. Era muy poco realista, pero desbordaba humanidad. El apodo se lo había puesto un compañero catalán en el tiempo de la Resistencia, y a él le gustaba en vez de ofenderle.

Juan Martín era un castellano viejo, labrador, a quien los compañeros llamaban el Empecinado por razones obvias. Era simplemente republicano, sin partido, y había combatido con el Ejército del Centro, en el que llegó a ser capitán, por lo cual tenía más conocimientos militares que Fontoba, pero le faltaban dotes pedagógicas, fluidez verbal especialmente, para hacerse cargo de las clases teóricas. Era callado, muy disciplinado y tenía una gran serenidad que transmitía a los compañeros, cualidad muy útil en la guerrilla, por lo que Gafas lo valoraba mucho

Gafas estaba explicando a la partida la acción que él y Fontoba habían planeado para el sábado de dentro de dos semanas y les decía que tenía dos objetivos: propaganda, aprovechando que ese sábado era pocos días después del 14 de abril, y adquisición de fondos mediante una *expropiación* muy importante. Les decía que participarían él y Fontoba con otros seis hombres.

-Hoy sabréis qué hay en esos tres paquetes que nos llegaron en febrero, en los que no sabíais lo que había, cosa que habéis hecho muy bien en no intentar conocer antes de hora, pues iba en ello la seguridad de la operación. Por cierto, en estas dos semanas, ya que lo conoceréis, guardad el secreto y no os vayáis de la lengua ni con los compañeros de otras partidas. En boca cerrada no entran moscas, ya me entendéis.

Y les explicó el plan, sometiéndose a las preguntas y las dudas de los hombres. Cuando todos parecían tener bien claras las cosas, pasó a nombrar a los que participarían en la acción:

-Fontoba mandará el grupo de asalto y yo el de protección. Con Fontoba irán el Empecinado e Iñaki, y en el grupo de protección vendréis tú, *Charnego*, tú, Asturiano, tú, Chato y tú, *Grandaz*, que si vienen mal dadas, podéis frenar un poco a los guardias sin tener que disparar, ojalá que no haga falta.

En cuanto acabó de hablar Gafas, Alfonso levantó la mano pidiendo la palabra. Gafas se la dio, y Alfonso dijo:

-Gafas, me parece que no conviene que vaya *Grandaz*. Llamará muchísimo la atención y, además, seguro que el traje le queda pequeño. Mejor sería que fuese yo en vez de él.

-Alfonso, por lo que toca al traje, el sastre que los hizo tenía las medidas de cada hombre. En cuanto a llamar la atención, llevando ese traje la llamará menos. Además, Alfonso, tú tienes la sangre muy caliente, el gatillo muy fácil y sed de venganza. No parecen muy buenas condiciones para que la cosa salga bien.

Alfonso refunfuñó pero no dijo nada. En ese momento levantó la mano el *Guaje*, que pidió ir en sustitución de otro compañero. A lo que Gafas respondió que agradecía su ofrecimiento, pero que era una operación delicada en la que se buscaba el menor jaleo posible y no convenía la participación de hombres muy jóvenes motivados por la venganza, que a la más mínima podían armar la de Dios es Cristo y dar al traste con la *expropiación*.

* * * * *

El último sábado de abril, cerca de la entrada de Villafranca viniendo de Vinaroz, sobre las ocho y cuarto de la mañana, había parado un camión. Era el del tío Felip Baldoví, el dueño del mejor comercio del pueblo, un comercio donde había de todo, de buena calidad y a buenos precios.

El tío Baldoví amaba su profesión y disfrutaba con su comercio. Como era un negocio próspero, hacía muchos años que se había comprado un camión con el que evitaba depender de los viajantes y podía tener buenos márgenes sin que sus precios resultasen caros.

Este comerciante era un hombre de buena pasta, *bon vivant* y algunos decían que mujeriego. Era algo recio, pelirrojo, de cara rubicunda, muy fumador y muy aficionado al cine y a la lectura. Siempre que bajaba a proveerse a Vinaroz, a Castellón o a Tortosa, encontraba tiempo para ir al cine, gustándole sobremanera las películas de Charlot, con las que se reía a carcajadas. En cuanto a la lectura, leía de todo, desde tratados de medicina hasta novelas del Oeste. Tenía tanta afición a leer que llevaba novelas en el camión y en las cuestas arriba aprovechaba para leerlas, poniendo los libros sobre el volante.

Era republicano y se había ido de miliciano con el camión, acabando la guerra como sargento en el Ejército del Centro. Cuando alguien le preguntaba por qué había ido voluntario a la guerra, contestaba que para que no le requisaran el camión y para poder cuidarlo. Acabada la guerra, pasó dos o tres años en la cárcel, de la que volvió para regentar el negocio, que no se había resentido gracias a que su mujer y su hija tenían el mismo espíritu comercial que él.

Pues bien, esa mañana de sábado, el tío Baldoví estaba en la cabina del camión fumando, nervioso, un cigarro tras otro y consultando el *roskopf* cada pocos minutos. Por fin, a las nueve menos cuarto, arrancó llevando todo el tiempo la segunda marcha, es decir, muy despacio. Cuando llegaba a la calle principal, que está a la izquierda de la carretera a Teruel, aparecieron en medio de esa carretera dos *guardias*, uno de ellos un *sargento*, que lo hicieron parar para montarse ellos y cuatro más, uno de ellos un gigantón. Montados los *guardias*, volvió a arrancar hacia la Iglesuela, esta vez con la marcha más larga, lo cual quería decir que alcanzaba los cuarenta kilómetros por hora. Cuando llegaron a la Pobleta, paró el camión y los *guardias* bajaron y se internaron rápidamente por el barranco, en dirección a Mosqueruela. El camión reanudó la marcha y aquel día el tío Baldoví fue a Fortanete, al parecer, a llevar un paquete recogido en Vinaroz que le había encargado un colega.

Cinco minutos antes de que los *guardias* parasen al tío Baldoví, otros tres y los dos empleados habían salido muy ligeros del banco. Uno de los *guardias*, con una abultada cartera, se había unido a los que minutos después habían echado el alto al comerciante y también había montado en el camión. Los otros dos, con los dos empleados, se habían ido a pie, a toda prisa, hacia el monte.

* * * * *

Pocos días después, el tío Baldoví fue llamado al cuartel, con la orden de que se presentara al teniente. El tío Baldoví no era especialmente valiente y le aterrorizaba el dolor físico, por lo que se presentó lleno de miedo. No era para menos. El teniente, que estaba con dos *números* arremangados porra en mano, le preguntó que a quién había llevado el sábado por la mañana en el camión.

-A seis guardias que me pararon, teniente.

Antes de que acabara la frase, uno de los *números* le dio un fuerte porrazo en el cuello.

-Ya ve, señor Baldoví, este guardia no se lo cree –dijo el teniente, al tiempo que le daba un puñetazo en la boca que le partió un labio- y yo tampoco. Me parece que es usted un poco mentirosillo. Ande, por su bien, no diga mentiras. Empecemos otra vez. ¿A quién llevó el sábado?

El tío Baldoví volvió a decir lo mismo. Ahora lo aporrearon los dos guardias, uno en la cara y el otro en la boca del estómago, con lo que el pobre comerciante se quedó sin respiración unos segundos que se le hicieron eternos, pensándose que se moría.

El teniente, sonriente, le dijo:

-Ande, no sea chiquillo. Diga la verdad y aquí paz y después gloria –palabras a las que siguió una patada en los testículos.

Encogido, transido de dolor y consciente de que nadie lo podía ayudar, el comerciante, cuando pudo hablar, susurró angustiado y llorando:

-Ya se la he dicho, llevé a unos guardias.

Vio que el guardia encendía un cigarrillo y sintió algo de alivio, pensando que habría una pausa. Pero se equivocaba de medio a medio: encender el cigarrillo era parte del manual de interrogatorios. El teniente le hizo quitar la chaqueta, la camisa y la camiseta y, cambiando el modo de preguntar, le dijo:

-Vamos, señor Baldoví. Si dice la verdad se librerá de esta situación tan desagradable. ¿Llevó a unos guardias o llevó a unos *bandoleros*?

Con un hilo de voz, el tío Baldoví, dijo:

-Eran guardias. Lo puede preguntar a la gente que los vio montar al camión.

El teniente le quemó con el cigarrillo en el pecho, al tiempo que decía:

-Sí, la gente vio subir al camión a seis hombres con uniforme de guardia civil, pero también sabe que esos *guardias*, como usted dice, atracaron el banco. Confiese que les ayudó a escaparse y se le tendrá en cuenta en el tribunal militar.

Al tiempo que decía esto, le apagaba el cigarrillo en la oreja y siguió diciendo:

-Usted sabe que conocemos sus antecedentes, que tenemos fundadas sospechas, por no decir la certeza total, de que usted es un ¿enlace le llaman? un enlace importante de esos *bandidos*. Lo tenemos más que cogido, ya que uno de sus compinches, arrepentido, nos lo ha contado todo –lo cual no era verdad-. Por eso, si usted es inteligente, y yo creo que lo es, nos informará de lo que sabe, cosa que aligerará un poco la pena que le ha de imponer el tribunal militar.

-No sé de qué me habla, teniente, se lo juro –dijo entre sollozos el pobre comerciante.

-No jure en vano –replicó el teniente, al tiempo que le apagaba otro cigarrillo en la palma de la mano- que es un pecado muy gordo y puede ir al infierno. Aunque, por otra parte, sería lógico que creyera que ya está en él. Hágame caso y cuéntenos lo que sabe.

Así, entre brutales golpes y quemaduras de cigarrillo, pasaría una hora o dos. Pero la cosa no se acabó entonces. El teniente se marchó y lo dejó con los dos *números*, que le dieron una paliza tras otra, con pausas de media hora para que se recuperase un poco, durante más de quince horas, hasta que el teniente se convenció, no de que no sabía nada, sino de que no hablaría. Esto salvó al tío Baldoví de una suerte aún peor, puesto que si en algún momento hubiese *cantado*, por poco que fuese, lo habrían torturado hasta sacarle la última partícula de información, y tenía mucha, lo que habría significado días de tortura. Cuando el teniente terminó, llamaron al médico y al practicante, que se lo llevaron al dispensario en una camilla y le hicieron las primeras curas. Tardó más de dos meses en curarse, y aún le quedaron secuelas para el resto de su vida.

* * * * *

¿Qué había originado la desgracia del tío Felip Baldoví? ¿Qué había pasado?

El último sábado de abril de 1948 era, como todos los sábados, día de pago de la semana a los más o menos doscientos trabajadores y empleados que había en Villafranca, la mayoría de los cuales trabajaban en la serrería y en unos telares. Como media, cada uno de ellos cobraría unos veinte duros. Además, por ser final de mes, era día de vencimiento de los pagos de los empresarios a los proveedores. En el banco de la población habría, un día normal, quince o veinte mil pesetas en efectivo, además de muchos pagarés, cheques y letras de cambio. El tío Baldoví había calculado que un sábado final de mes habría más de cien mil pesetas en la caja del banco, en metálico, aparte de lo que hubiera en *dinero fiduciario*, como él lo llamaba, y que no interesaba a los maquis porque, como decía Fontoba, *olía y dejaba rastro*. En diciembre, el comerciante había escrito una nota con tinta simpática explicando sus cálculos, nota que había dado a una pastora clienta suya. Esta pastora, en el monte, había pasado la nota a los maquis, con quienes se llevaba bien, tanto porque era viuda de un republicano que había muerto en un batallón de trabajadores, como porque hacía buenos tratos comerciales con ellos vendiéndoles corderos.

Por no hacerlo más largo, diremos que la nota llegó a donde debía llegar, es decir, a manos de la partida de Gafas. Éste, después de leerla, consultó con Fontoba y entre los dos decidieron y planearon una *expropiación* al banco de Villafranca. Mediante tres enlaces distintos, uno que iba mucho a Teruel, otro que se movía por Cuenca y otro que los comunicaba con la organización clandestina del Partido Comunista en Castellón, encargaron ocho uniformes de guardia civil, ocho tricornos y ocho pares de botas con las correspondientes polainas. Como no tuvieron los trajes hasta primeros de febrero y, en invierno, además del mucho frío, los desplazamientos no eran seguros, por las huellas que se dejaban en la nieve, planearon el golpe para finales de abril, con lo que, además de *expropiar* mucho dinero, podrían hacer propaganda aprovechando la cercanía del 14 de abril.

Ese sábado, a las ocho de la mañana, una hora después de que un empleado del banco en Castellón acompañado por una pareja de guardias hubiese llegado en un taxi a la sucursal de Villafranca, donde había dejado una voluminosa cartera llena de billetes de mil, de quinientas y de cien pesetas, la gente vio pasar por la calle del Llosar a cuatro guardias y un sargento. Dos de ellos y el sargento se plantaron con los fusiles terciados donde la calle del cuartel se cruza con la calle de Santa Bárbara, lugar desde el cual se domina perfectamente la puerta del puesto de la *Benemérita*, que está a unos doscientos metros de ese punto. Los otros dos empezaron a pasearse por el alledaño tramo de la calle del Trinquete donde estaba el banco, lugar en el que hoy en día hay una oficina de la Caixa.

Algunos vecinos curiosos preguntaron a los supuestos guardias qué pasaba, a lo que éstos, con cara de pocos amigos, respondieron que nada, que se metieran en sus respectivas casas, cosa que los curiosos hicieron rápidamente y sin rechistar, y que no se asomaran a las ventanas por si acaso.

Al cabo de un cuarto de hora, llegaron otros dos *guardias* y un *cabo*, que se dirigieron directamente al banco, en el que entraron el *cabo* y uno de ellos, quedándose el otro fuera, vigilando la calle. Los que habían entrado, saludaron muy serios a los dos empleados, les apuntaron con los fusiles y les conminaron a darles todo el dinero, cosa que hicieron sin perder nada de tiempo, porque no lo habían sacado aún todo de la cartera en que había llegado, metiendo en ella lo poco que habían sacado. Hecho esto, el *cabo* sacó de debajo del capote dos hojas ciclostiladas encabezadas por el rótulo *El Guerrillero* en las que se podía leer, en letras algo más pequeñas: *14 de abril, día de la República*; y, en letras algo más grandes que éstas, *Campesinos, trabajadores, estudiantes, seguid nuestro ejemplo. Vuestro puesto está en la guerrilla. ¡Por la libertad! ¡Viva la República!* En la parte de abajo decía: *AGLA*. Se las puso en las manos a los dos empleados y les dijo que eran guerrilleros y que el dinero era para financiar la lucha por la libertad. Inmediatamente, salieron con los dos empleados en medio, uniéndose al *guardia* que se había quedado fuera. En un abrir y cerrar de ojos, los dos que habían entrado desaparecieron en dirección al monte con los dos empleados, a quienes dejaron volver al cabo de dos horas, y el otro *guardia*, a quien habían pasado la voluminosa cartera, se reunió con los apostados en la calle, al tiempo que la regaba con ejemplares de *El Guerrillero*. Todo había pasado en menos de media hora. A las nueve menos cuarto, puntual, los recogió el tío Baldoví.

La noticia del golpe, pese a los intentos de los jerifaltes del Régimen de evitarlo, corrió como la pólvora por todos los pueblos y masadas de aquellas comarcas. Y no era para menos, ya que los maquis habían obtenido más de ciento veinte mil pesetas, sin disparar un solo tiro y sin tener que enfrentarse con los guardias.